

# VIDA Y MUERTE EN EL PROCESO CREATIVO DE TOLSTOI<sup>1</sup>

Luis Herrera Abad<sup>2</sup>

## Psicoanálisis y creación

Toda manifestación artística supone una transacción entre lo interno y lo externo. El artista crea algo fuera de lo común que enriquece al mundo pero que de ninguna manera es ajeno a él. Tolstoi está inmerso en la naturaleza, en la ciudad, en las gentes y en la cultura. Este exterior se labra un camino a lo interno y hacia lo que denominaríamos *el inconsciente*. Desde él regresa al exterior transformado en metáfora o imagen. En el escritor hay un juego estético entre lo interno y lo externo. La obra encierra el misterio de lo exterior transformado en producto interno.

El escritor es quien, como Tolstoi, posee más sensibilidad que el hombre común para captar la realidad, dejando abierta la posibilidad de que el Yo se una a la vivencia haciendo a un lado su aspecto crítico. Debe ser por esto que libros como *Anna Karenina* nos pueden colocar en el límite mismo de la angustia. Podríamos afirmar con Tolstoi que lo profundamente humano se da, como ya mencionamos en otro trabajo (Herrera, 2010), en la crisis donde son constantes las rupturas y fusiones. El hombre no logra unir los contrarios y solo llega a transacciones precarias luego de grandes esfuerzos y tensiones. De esto dan fe los personajes de la obra de Tolstoi y su propia vida.

- 
- 1 Una primera versión de este artículo se presentó como ponencia en el Coloquio Internacional *Tolstoi, vigencia e influencia* realizado el 6 de Setiembre de 2010 y organizado por la Universidad Antonio Ruiz de Montoya en Lima.
  - 2 Psicoanalista en función didáctica. Miembro titular de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Magíster en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Psicólogo. Profesor de la Maestría en Estudios Teóricos en Psicoanálisis (PUCP) y del pregrado en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya.

La creación, en la medida en que puede ser apreciada por el hombre, se acompaña de la condición humana de vivir en conflicto. *La Guerra y la Paz* es una muestra de ello y, en general, la obra de Tolstoi plantea siempre posiciones antagónicas que nos hablan de angustias y de ansiedades vitales. El acto de crear se tiñe de un ansia de inmortalidad y de búsqueda en sus propios abismos de las raíces que les permitan empezar de nuevo y también recuperar el tiempo perdido.

El lector, por su parte, se deja llevar entonces hacia donde lo guía su maestro-escritor. Lo sigue absorto, ansioso, expectante, alterado o encantado. Tolstoi nos lleva por vericuetos y el lector sufre si los personajes sufren por disposición del autor.

Proust, en su libro *Sobre la lectura* (1989), compara la relación del lector con el texto, a la que se pudiera tener con un amigo. La diferencia radica en que después de recibir la comunicación en el texto, continuamos solos, es decir, “digiriendo” lo que el texto nos da. Si miráramos este hecho a la luz del psicoanálisis encontraríamos que, así como éste busca que el paciente pueda restituirse en el manejo de su voluntad sobre sí mismo, algunas lecturas, como la de Tolstoi, producen un efecto similar, así lo reconoce Proust. El lector, que ya se aproximó al contenido de la obra, se seguirá comunicando con ella incluso en su ausencia.

### El escritor y su vida

Tolstoi nace el 28 de agosto de 1828 en la provincia de Tula llamada Yasnaia Poliana, nombre que significa “luminoso claro del bosque”. Su padre era propietario de la casa y del huerto plantado y cultivado por él. Su familia por el lado materno pertenece a la nobleza rusa, a los condes de Tolstoi.

Tolstoi recuerda muy poco de su infancia. En sus “*Primeros recuerdos*” (1892) y “*Recuerdos*” (1903) el escritor relata, no obstante, algunos hechos importantes. El primero:

“...Estoy atado, quiero liberar mis manos, no puedo. Grito y lloro. Me resultan desagradables mis propios gritos; sin embargo, no puedo callar. Alguien se inclina hacia mí, no recuerdo quién es. Esto sucede en la penumbra. Sé que hay más personas y que mi llanto les produce impresión; se inquietan por mí pero no me desatan. Grito más desesperadamente. Les parece que es necesario que esté atado, yo sé que no es así (...) me doy cuenta de la injusticia y la crueldad, y me quejo ante mí mismo.” (Tolstoi, 1892, p. 735).

El mismo Tolstoi entenderá este incidente como cruel e injusto y pensará que desde niño anhelaba ser libre y detestaba lo injusto. Lamentablemente nunca sabremos a ciencia cierta si este recuerdo fue real o solo una fantasía del escritor. Pero aún así, el hecho sintetiza sentimientos que lo acompañarán siempre, que inundarán sus obras y pensamientos. Además, su sensibilidad y sensualidad también serán evocados como hechos muy tempranos: recuerda un

olor ocre de una sustancia con la que le untan el cuerpo, cosa que imagina debió suceder todos los días al ser bañado:

*“Me fijé por primera vez en mi cuerpo, mis costillas estaban muy marcadas, también en los brazos desnudos de la nana, en el agua que despedía vapor y en el sonido que producía. Y, sobre todo, en la sensación que tuve al tocar los bordes lisos y mojados del oscuro barreño...”*  
(Tolstoi, 1892, p. 736).

Salvo estos hechos, dice no recordar nada y sufre pues piensa que en el momento de su muerte no tendrá recuerdos de su pasado. Esto lo angustia. Como si el escritor sintiera que no puede ensamblar una narración unida con continuidad y esto genera un sentimiento de incompletud.

De su madre tampoco hay recuerdos. Sabemos que muere al dar a luz su última hija (María) cuando el pequeño León tenía un año y medio. Creemos que esta muerte es clave para comprender la soledad y vacío que Tolstoi vive con frecuencia. Algo en ese momento parece romperse en él. De ella sólo sabe lo que le han contado y que de alguna forma contribuye a la construcción de una figura idealizada, descrita como un ser extremadamente bueno. Le cuentan que era una mujer culta, que dominaba varios idiomas aparte del ruso, que tocaba el piano y relataba cuentos, pero que su mejor cualidad era el saber controlarse, pues poseía un carácter muy impulsivo.

De su padre dice que era un buen hombre, de carácter dulce y no recuerda castigos corporales, aunque probablemente estos se daban. Es descrito como cariñoso pero algo distante, sumergido en su estudio con sus libros. León confiesa que quería a su padre pero: “... no comprendí hasta después de su muerte, hasta que punto era fuerte este amor en mí” (Andresco & Andresco, 2003, p.10). La relación entre sus padres es recordada sin grandes conflictos aunque intuye que su madre estimaba a su esposo sobre todo como al padre de sus hijos, sin manifestarse muy enamorada. La sensación es la de una cierta distancia entre ambos miembros de la pareja paterna. Pareciera que el padre de Tolstoi era más afectuoso que la madre. En ella, cierto rasgo de dominio y de control aparece en el escenario de su carácter impulsivo. Se convierte en la representante de la norma, la que se encarga de la educación de los niños.

Al morir su madre, el pequeño León tiene dos años y pasa a vivir con la abuela paterna, la “narradora de cuentos”, quizá de quien Tolstoi recibe su entrenamiento para el desarrollo imaginativo y mágico. No está de más señalar que sus ideas sobre la pedagogía, gran preocupación del escritor, se basan precisamente en la liberación de la fantasía sin trabas y en el fomento de las cualidades personales del educando. Directamente propone una lucha contra las normas rígidas. Una suerte de educación en libertad.

Pero la persona que el mismo Tolstoi considera la más importante es su “tía” Tatiana Alejandrovna. Al morir la abuela, se hace cargo del cuidado de León. Era muy afectuosa e inteligente, se distinguía por su rectitud y por su inmensa capacidad de amor. Este personaje pasa probablemente a llenar viejos vacíos afectivos. Tolstoi siente por ella un fuerte afecto que desborda su corazón. Dice de Tatiana:

*“Sentía impulsos de cariño apasionado hacia ella. Recuerdo una vez, tenía 5 años, me había echado junto a ella en el diván de nuestro salón. Me rozó tiernamente con la mano. Cogí esta mano y me puse a besarla y a llorar de ternura (...)”* (Tolstoi, 1903, p. 753).

Tatiana es la imagen materna rescatada por León en quien lo sensual cobra otra vez importancia. Recordemos que ya apareció también en el recuerdo temprano del baño. El énfasis lo coloca Tolstoi, esta vez, en el contacto de piel a piel. Su referente central del amor será siempre Tatiana a la que su padre propone matrimonio. Ella no aceptará pero sí se dedicará a cuidar de los hijos como una madre. Si bien es ella, dijimos, la que reivindica a la madre muerta, es ésta la que en última instancia determina, al parecer, la búsqueda de mujeres fuertes en su vida. La búsqueda del “bien perdido” que por momentos, es desesperada. Oscila con frecuencia, entre la triunfal sensación de haberlo encontrado y la desilusión que le produce sentir que no era así. A Tolstoi le cuesta poder llenar el vacío temprano y a esta dificultad se asocia un constante sentimiento de ser dejado y una marcada tristeza, así como una ansia de fusión con una imagen idealizada y perdida. Por momentos aparecerá un fuerte anhelo de grandeza que, como veremos, también se refleja en sus personajes, por ejemplo, en Andrei, en *La Guerra y la Paz*.

Desde niño Tolstoi es visto por su familia como “irritable, arrebatado, vehemente y siempre a punto de llorar” (Andresco & Andresco, 2003, p. 12). La muerte de su padre lo afecta, tiene 28 años (1838) y durante ese mismo año, la abuela de los cuentos, su guía en el mundo de la fantasía, la madre de su padre, también fallece. A estas pérdidas se agregará, años más adelante, la de su hermano Nikolai, muertes que se constituyen quizá, junto con la temprana desaparición de su madre y la muy posterior de Tatiana, heridas imborrables cuyas secuelas aparecerán con fuerza en muchos momentos de su vida. Se pregunta con frecuencia ¿por qué la muerte, qué hay más allá de ella?

Durante la juventud, como tratando de olvidar lo vivido, se dedicará a la vida disipada, al juego, a las fiestas, a la cacería, al contacto esporádico con mujeres, pero nuevamente, la melancolía, que permanece como agazapada en él, surge y el sentimiento de vacío se transforma en la pregunta por el sentido de la vida.

Asume entonces que el sufrimiento hace fuerte y que la paciencia ayuda a alcanzar el perfeccionamiento. Su vida oscila, entre la búsqueda de perfección y

la vida disipada. Dice su *Diario*, el 24 de marzo de 1847 “He cambiado mucho, sin embargo, todavía no he alcanzado el nivel de perfección que me gustaría alcanzar” (Tolstoi, 2002, p.14). Se siente apasionado por el juego y la cacería y al mismo tiempo atormentado por la vida que lleva. Oscilan también sus estados de ánimo.

En este vaivén entre Eros y Tánatos, entre el placer y el sufrimiento y entre la sobrevaloración y la desvalorización, no hay sosiego. Francois Porsché (1958) señala que la llamada por algunos biógrafos “inestabilidad mental”, aplicada a un genio como Tolstoi es un absurdo, puesto que el creador está mucho más expuesto a las turbaciones del espíritu. Esa inestabilidad no es la de un hombre común, está vinculada a conflictos más severos y a una manera peculiar de vivirlos. Su conmoción interior se traduce en el exterior por su comportamiento, sus angustias y también su talento.

En 1862 hay un acontecimiento trascendental en la vida de Tolstoi. Su matrimonio con Sofía (Sonia) Andreievna. Se incorporan en él dudas y contradicciones referidas al amor “Tengo miedo de mí mismo. ¿Si no fuese más que el deseo del amor y no el amor? Procuero no ver más que sus defectos y sin embargo, la amo” (Tolstoi, 2002, p. 199). No obstante tiene fe en alcanzar una sólida felicidad en el hogar. Esto se refleja en su novela *Felicidad conyugal* (1859). Escribirá en su *Diario* páginas estremecidas, confesando que su amor hacia Sofía es “espantosamente” grande. Sin embargo, en el mismo diario, no mucho más tarde, escribirá que es “espantoso, terrible, insensato, que uno ligue su felicidad a contingencias materiales, tales como mujer, hijos, propiedades y riquezas” (Tolstoi, 2002, p. 252). Esta contradicción lo acompañará el resto de su vida, y no solo en cuanto al amor y el matrimonio, sino también en cuanto al sentido de su vida. Se alista, entonces, en la guerra quizá buscando la vida, por contraste con la muerte o en todo caso hallando una razón para fugarse. Dice Romain Rolland en su *Vida de Tolstoi* (2010), que Sofía no solo le sirvió a León como modelo para Natasha en la *Guerra y la Paz* y para Kitty en *Anna Karenina*, sino que se constituye en una invaluable colaboradora (seis veces copió íntegra *La Guerra y la Paz*). Debía atenderlo en sus múltiples dolencias físicas que, sin embargo, eran contradictorias con su vitalidad exuberante, la cantidad de actividades, muchas veces su alegría, su apetito incontrolable, la casa, el patinaje, el piano. En otras palabras, era incansable. Sofía era la contraparte, era el control, de la misma manera que su hija Alejandra, siendo esta última además una celosa colaboradora de León. Sofía debió cuidar trece hijos. Poco a poco, empiezan a surgir en Sofía rasgos que habían permanecido guardados: tiene mal genio, es impaciente y violenta, amiga de los gritos y las escenas dramáticas. Estas rabietas exasperan más de una vez los nervios de Tolstoi. Agreguemos que Sofía era

exageradamente celosa, especialmente de los llamados *tolstoyanos* a quienes denominó “los oscuros”, que fueron los encargados de difundir su filosofía. Chertkow, discípulo de Tolstoi, sostuvo una larga pugna con Sofía por la herencia de la obra del autor. Tolstoi, al no poder oponerse al dominio de ésta encuentra la única solución posible en emanciparse por medio de la huida. Así hasta el momento de su muerte.

Esta situación se agrava cuando en 1866 la familia va a pasar una temporada a Moscú, ciudad que Tolstoi detestaba. Sofía insiste en vivir una vida de lujo, que contrasta con los gustos sencillos de Tolstoi. Es por esta época que deciden regresar a Yasnaia Poliana y proseguir Tolstoi escribiendo la *Guerra y la Paz*.

Su placer central era el contacto con las tribus nómadas de la estepa y con el pueblo ruso y sus costumbres. En sus fugas trata de hacer lo mismo que los campesinos y *mujiks*, come lo que comen ellos y se viste a lo largo de su vida como un *mujik*, pero al mismo tiempo sigue leyendo a los clásicos en el idioma original.

Hacia 1870 surge un fenómeno anunciado pero esta vez, de súbito y muy intensificado. Una angustia sumamente acentuada que él describe con estas palabras:

*“Eran las 2 de la madrugada. Estaba horriblemente cansado, No me dolía nada. De pronto me embargó una angustia, un miedo, un terror que no había experimentado en mi vida (...) Nunca sentí nada tan penoso y ¡Dios es testigo que no deseo a nadie una impresión semejante! Me levanté sobresaltado (...) Dormí y me desperté más calmado. Hoy me asaltó de nuevo pero pude resistirla, ya no fue tan intensa (...) En el ocio siento que me es imposible aguantar la soledad.”* (Andresco, 2003, p. 39).

Se trata tal vez de un miedo intenso que hoy denominaríamos *ataque de pánico* y que expresaba un vacío insondable que no podía ser compartido con otros precisamente por falta de palabras. Siempre Tolstoi trató de huir de la soledad. Únicamente quería estar solo cuando trabajaba pero aún así no podía evitar el horror que sentía frente a la vida que podía escapársele. La muerte estuvo siempre presente directa o disfrazadamente en la vida del creador. Pensar en los demás es probablemente lo que lo aliviaba. Así, se permitía olvidarse de sí mismo.

Dentro de las grandes aficiones que servían a Tolstoi para ahuyentar la depresión se encontró siempre la música, a pesar de que muchas veces se sintió incómodamente conmovido al escuchar alguna pieza. Inclusive llega al extremo de rechazar a Beethoven puesto que sentía que la música del genio lo transportaba a un estado nirvánico y subjetivo. Tolstoi plantea que la música no podría ser una cosa tan subjetiva, tan personal, sino que tendría que pertenecer al Estado, como en China. Tolstoi temía que la música lo hundiera en sus propios abismos a pesar del placer que le producía, llegando a decir que cuando muriera, aquello que más añoranza le produciría, sería el dejar la música. Pero al

mismo tiempo, la llama el “producto del diablo”. Sabemos sin embargo, que nunca en su vida logró vivir sin ella. Su terror era que la música lo pudiera hundir en una “experiencia oceánica”, como diría Freud (1930) siguiendo a R. Rolland.

En otro sentido, propone un plan de vida, renunciando a la riqueza, a los viajes, al placer, a la instrucción universitaria y entregándose a la artesanía y al trabajo del campo. León intentará vivir de la manera que él desea, coserá zapatos, cortará leña. No permitirá que nadie trabaje en su provecho. Dice su hijo León, que recuerda los años en que su padre escribía *Anna Karenina*, que en esa época el autor se ensombrecía por la crisis moral que ya aparecía en él. Por ejemplo cuando Levin, en *Anna Karenina*, personaje puramente subjetivo, descubre en sí mismo que la felicidad espiritual es más profunda y permanente que la felicidad material.

Su crisis empezó colocándole punto final a la felicidad familiar, su mujer lo combate constantemente. Los conflictos internos se convierten en cotidianos. Pero dentro de esta crisis hay un eterno deseo de perfeccionamiento y de renuncia. El origen de estos momentos tiene que ver con la idea de la muerte. Su hijo León decía que su padre durante 35 años habló todos los días de la muerte. Quizá porque la temía. En sus *Confesiones* (1882), Tolstoi, refiriéndose a su juventud, dice haber sentido que la muerte lo acechaba a cada paso en cualquier momento. A raíz de la muerte de su hijo Vania de 7 años, que deja a Tolstoi sumido en la depresión, llega a decir que se siente vivo y muerto y manifiesta su temor a la muerte y su amor a la vida. Para Tolstoi la muerte siempre estuvo agazapada en la vida. Se pregunta por qué teme a la muerte y ama la vida. Andresco (2003) llama a la muerte en la temática de Tolstoi como un “no muy lejano canto de la negra sirena”. Quizá este temor a la muerte lo lleva a afianzarse más aún en la religión porque si no hay Dios para Tolstoi no merece la pena vivir, no hay inmortalidad y no hay justicia. A pesar de su miedo a la muerte, a Tolstoi se le oye murmurar que quisiera morir. Solo siente que vive, si está lejos del hogar inaguantable, en contacto con la naturaleza y con el pueblo, mezclándose con ellos, respirando el aire libre, escapándose de la vida cotidiana y de la vida social que su mujer imprimía a su familia.

### **El autor y sus personajes**

Muchos de los personajes de Tolstoi constituyen intentos del escritor de expresar aspectos suyos y manejarlos en la trama de su obra. Creemos que uno de estos personajes es el príncipe Andrei Bolkonsky. En este caso nos sirve para mirar como Tolstoi vive su sentimiento de muerte y su necesidad de figuras idealizadas. También nos permite mirar su melancolía y su tendencia ya mencionada a la desvalorización. Josselson (1986) en su trabajo sobre Tolstoi nos

va a proponer, siguiendo a Kohut, que en el escritor se da una batalla entre el *hombre culpable* y el *hombre trágico*, pero es *La Guerra y la Paz* (1869) donde más claramente aparece este último. El príncipe Andrei cambia constantemente, como si estuviera dividido en partes separadas. Sus entusiasmos son efímeros y desaparecen entre los obstáculos. Entra en momentos melancólicos intensos, dejándonos con frecuencia sin responder a la pregunta de qué es lo que busca. Dice Josselson (1986) que gran parte del conflicto vital de Andrei se define en términos de la necesidad de controlar racionalmente su vida y de entenderlo todo, por lo cual no puede vivir libremente su propia experiencia.

Al igual que Tolstoi, Andrei rechaza el mundo social que le produce sentimientos de vacío e insatisfacción. También su matrimonio es descrito como si fuera una cárcel. Si bien es incapaz de disfrutar, siente que revive con la aparición de figuras idealizadas, por ejemplo Napoleón. Por identificación con el héroe, Andrei afirma haber nacido para la grandeza pero en otros momentos, sentirá que el ídolo cae en desgracia y que la vida pierde sentido. Anhela ser también un héroe de guerra, pero cae herido en la batalla de Austerlitz en forma accidental lo cual lo llena de vergüenza y de desidealización. Josselson (1986) describe así las defensas narcisistas de Andrei. Está obsesionado con el vacío y el sufrimiento. Frente a la muerte de su esposa al dar a luz, se siente culpable, pero no parece sentir pérdida por ella sino más bien se pesa de la pérdida del sentido de sí mismo.

Hay una escena en la novela que es particularmente gráfica del sentimiento que experimenta Andrei por momentos y que también acompaña a Tolstoi: viajando hacia sus tierras justamente en el momento en el que está terminando el invierno y aparecen los primeros colores de la primavera Andrei percibe un alto roble gris que no luce los colores de alrededor y siente que es una imagen de sí mismo que crecía desafiando a la primavera y el sol, que no deseaba ser incomodado por nadie. Al poco tiempo, llegando a su destino, tiene su primer encuentro con Natasha y nuevamente experimenta que la primavera se colorea y él ya tiene a quién idealizar. Tolstoi magistralmente se encarga de mostrarnos que el placer por Natasha es un placer por él mismo. Que se ve reflejado en ella y en su vitalidad. Pronto Natasha será desidealizada y aparecerán otros personajes. Mientras tanto Andrei seguirá sintiendo que los demás son insignificantes.

Natasha es desdeñada por Andrei y lo traiciona, lo que provoca una fuerte desazón en él. Habla entonces de la muerte y del desamparo. Tolstoi, al igual que Andrei, sabe demasiado y esto supone un sentimiento fuerte de desajuste, como si fuera un desperdicio de su intelecto. Nos propone Josselson que, al fracasar repetidamente sus idealizaciones, Andrei se aproxima a la muerte. Habla de ella y pareciera que esta vez la figura idealizada es la muerte. Es interesante el sueño de Andrei en el que se ve echado herido y gente poco importante se le aparece. Estas

personas salen y Andrei le echa llave a la puerta, como si el miedo estuviera tras ella. No puede caminar y gatea. Sus esfuerzos por impedir que la puerta se abra fracasan, como si la empujaran desde afuera. Finalmente la puerta se abre, entra la muerte y el príncipe Andrei muere.

Se enfrenta a la muerte y es derrotado. Será su último fracaso en relación a una idealización. Es como si Tolstoi terminara la novela sugiriéndonos que nada en la realidad, ni siquiera la muerte merece ser idealizado.

Por otro lado, desde joven Tolstoi tiene en mente la idea de crear una nueva religión fundada no en una interpretación sino en una vivencia de los evangelios de Cristo, rehusándose a aceptar al clero y a la iglesia ortodoxa, por esto es excomulgado. León siempre buscó la verdad. Se opuso a lo falso. No pretende combatir el mal con la violencia. Sostiene que lo más importante es alcanzar el triunfo con la paz. Esto lo convierte en uno de los creadores del pacifismo como corriente de cambio. Más adelante así lo aceptará Gandhi quien reconoce su influencia. La revolución entonces es una revolución por el amor. Triunfa el eros, la vida, sobre la destrucción.

Hay, de acuerdo a Stefan Zweig (1952), un momento en que Tolstoi se detiene a mirarse y preguntarse dolorosamente por su vida.

Podríamos pensar con Zweig que Tolstoi sufre un quiebre emocional aproximadamente a los 50 años del cual no es posible encontrar fundamento. Está sano, goza de fuerza física, espíritu joven. Su capacidad creadora está en pleno vigor, posee bienes materiales. En ese entonces ya se le considera como el primer escritor ruso. No hay mayores problemas familiares. De repente siente que la vida se detiene y se vuelve angustiante. Se mira a sí mismo y se pregunta qué le ha sucedido. Por qué lo acosan miedos y melancolías, por qué ha perdido su alegría. Además le sobreviene un asco a la vida, un *taedium vitae*. Para evitar matarse, guarda su escopeta de cacería en un armario y asume que cada persona sólo puede esperar del futuro sufrimiento, muerte y olvido. Esto lo relata a través del personaje de Levin de *Anna Karenina* el cual no podía vivir si no descifraba el misterio de la vida. De no ser así, se disparaba un tiro. La pretensión era grande, o se lograba descubrir lo insondable, o no se vivía.

Sin embargo Tolstoi, gracias a esta conmoción deviene en ser un soñador, un pensador, pero atormentado por el miedo a la vejez y a la muerte, siente como su personaje Ivan Ilich cuando se enfrentó a la muerte que expresa espantado: “Quizá no he vivido tal como hubiera tenido que vivir”.

En su búsqueda de sentido, dice Zweig (1952), recurre a la filosofía, por si los grandes pensadores pudieran responderle. Recorre Schopenhauer, Platón, Kant y Pascal, pero no encuentra una respuesta satisfactoria. Busca entonces consuelo en la religión.

Su objetivo se acerca, por momentos, a la omnipotencia. Primero la melancolía y luego lo grandioso. No ha podido *saber* y ahora busca *crear*. Tolstoi empieza a asumir una actitud crítica frente a aquellos que dicen vivir de acuerdo al Evangelio. Siente que las enseñanzas de la iglesia ortodoxa no se ajustan a la antigua doctrina predicada por Cristo. Se impone en Tolstoi un nuevo deber: enseñar el verdadero sentido del evangelio. Ahora puede decirse a sí mismo: “así debes vivir”. Oscila entre la felicidad y la infelicidad, pero esta última, cada vez gana más terreno. Sus pensamientos y sus obras son salidas en su angustiante búsqueda: “... es triste constatar que no he sido capaz de soportar la felicidad como no era capaz de soportar la infelicidad” (Tolstoi, 2002, p. 125).

El Estado, en sus pensamientos, deviene en una institución anticristiana y antisocial que fue creado para proteger la propiedad privada. El orden deberá sustituir lo falso por lo cierto y lo bueno por lo malo.

Tolstoi tuvo un primer y doloroso frente en su propia familia. Sus hijos se alejaron de él, no entendían por qué debían ser educados como campesinos. Su mujer luchaba constantemente contra sus ideas a tal punto que un día, Tolstoi huyó de su casa, yéndose a morir solo sin compañía a una pequeña estación de ferrocarril.

Su abatimiento era también fatiga, siente que ha vivido en la contradicción y el conflicto, podríamos decir, entre la guerra y la paz:

*“Un abatimiento terrible. Estoy lleno de debilidad. Debo cuidarme como en un sueño, para que durante el sueño no se arruine lo que necesito cuando estoy despierto. El fango me arrastra y me arrastra y son inútiles mis convulsiones (...) Quiero una muerte real. (...) pero me gustaría vivir y no montar guardia a mi vida.”* (Tolstoi, 2002, p. 255).

En esas circunstancias el trabajo no satisface, no ayuda, no hay cabeza para pensar en él. Está rebalsando de ansiedad y desesperación.

En *Anna Karenina* (1875-77) la muerte también tiene un lugar central. Lo trágico de su novela se centra en su personaje: Anna. Se suicida por las contradicciones de su amor adúltero y como dice Nelly Velez (2009) este amor oculta la muerte que ronda durante toda la obra en especial en la relación de Anna con su amante Bronski. La muerte se constituye en un velo que cubre los momentos más felices. La relación prohibida se presenta en el escenario de la familia en el cual sus defectos y virtudes son magistralmente descritos por Tolstoi. Las inconsistencias de las infidelidades terminan por conducir a Anna a arrojarle a los rieles de un tren. En el transcurrir de la narración aparece también otra pareja, Levin y Karenin aparentemente feliz, que por contraste subraya el sufrimiento de Anna y Bronski. Velez además nos señala los personajes de Tolstoi no solo en sus intensas y desgarradas pasiones, sus alegrías y sus tristezas, sino también en su crítica a la sociedad de clase alta en su estilo de vida y su

moralidad. Tolstoi es un profundo conocedor del alma humana, especialmente en sus recovecos y en sus abismos. Hace que los lectores, como dijimos, conmovidos, nos sumerjamos en las tramas trágicas. Anna es una luchadora a favor del amor apasionado pero convive con la muerte. Nuevamente, Eros y Tánatos se entrecruzan. El amor y los celos, la virtud y lo prohibido, el sentimiento de culpa y el castigo, etc. Es una mujer que quiere intensamente, pero su pasión desborda los límites de las buenas costumbres. Por eso es castigada perdiendo su lugar en el mundo. La muerte cobra el color de la venganza y el castigo. Anna en su amor descubre sentimientos nuevos que antes no imaginó sentir. Es tan intenso que va más allá de su esposo e inclusive de su hijo. Pero el vínculo con Bronski está cargado de dudas, reproches, auto reproches y celos. En la trama ella presencia la muerte de un hombre aplastado por el tren y surge la idea de matarse. Su amor es tanto que conduce a la muerte.

También la muerte aparece con fuerza inusitada en *La muerte de Ivan Ilich* (1886). Tolstoi tiene 58 años y sigue preocupado por la muerte y por el significado de la vida y lo vivido. Además le preocupan las falsedades que los hombres usan para engañarse a sí mismos y engañar al resto para no enfrentarse con la muerte y los problemas humanos y para evitar preguntarse por el sentido de su vida. En la obra, la muerte es la culminación de un proceso que “pronto va a suceder”. Es una lucha contra la fatalidad condenada al fracaso puesto que el protagonista muere. Pero morir es “dejar de morir”; enfrentarse a la condición mortal es precisamente el sentido de vivir. Es interesante que para subrayar la muerte-proceso, y descubrir que la vida va lentamente conduciendo a morir, la novela empieza con el anuncio de la muerte de Ivan Ilich. Se inicia con el relato del velatorio, donde yace el protagonista. Luego se continúa con la historia del personaje y su lento transcurrir hacia la muerte cada vez más presente. La búsqueda de lo agradable y lo fácil en la vida de Ivan contrasta con el destino final. Como si el mismo personaje asistiera a su velatorio y fuera visto a través de los ojos de Pedro Ivanovich, que es quien relata el primer capítulo. Luego será el mismo Ivan Ilich el narrador.

La mentira, dice Edith Liccioni (2000), hace que Ivan Ilich se sienta excluido frente a su propia enfermedad. Nadie, ni la familia ni los médicos le dicen la realidad de su enfermedad, nadie le dice que se está muriendo. Como dice Liccioni, la mentira fue para Tolstoi motivo de padecimiento. Su búsqueda de la verdad y la justicia eran sus motivos centrales. De esta manera, no era posible negar la muerte, no se le debía negar. En el fondo la dialéctica central se ubicaba entre ser infinito o ser finito. Todo o nada, como suele plantear Tolstoi en sus incertidumbres.

Finalmente León Tolstoi fallece el 20 de Noviembre de 1910 en Astápovo. Su obra lo continúa. Su anhelo de inmortalidad encuentra plena realización en el extraordinario talento del genio quien con sus últimas palabras nos abre nuevamente su interior para sintetizar lo que nos ha mostrado en sus obras: “Hay sobre la tierra millones de hombres que sufren: ¿Por qué estáis al cuidado de mí solo? No quiero la muerte, quiero y amo la inmortalidad” (Tolstoi, 2002, p. 219). Tenía 82 años.

Decía Sábato, al referirse a Dante, Sófocles y Shakespeare, a los que podríamos agregar a Tolstoi, que los escritores de esa talla no se propusieron la belleza como fin sino el examen de nuestra condición humana explorando sus profundidades y límites. En ese quehacer se puede encontrar la belleza. En Tolstoi esa belleza es grande y trágica, desgarrada por la disonancia y el horror, aunque también épica. Será tal vez que la belleza se encuentra en los abismos. Esto emparenta la obra literaria con el psicoanálisis.

Finalmente, con Tolstoi podemos decir que los lectores somos beneficiados con “el fuego sagrado” que, como Prometeo, nos entrega. Las obras del escritor nos muestran lo que los seres humanos solo podemos ver en nuestros sueños, fantasías y pesadillas. Nos conmovemos y nos sobrecogemos al descubrir lo dramático y trágico del héroe-escritor que logra tocar nuestros contenidos y nuestra propias contradicciones y fisuras. En este sentido, dice Didier Anzieu (1993), que el lector establece con la obra una relación. Suele abandonarse a la ensoñación e insertarse en pasajes del libro. Su propia fantasía se mezcla con la fantasía del autor. La lectura de las novelas de Tolstoi puede llegar a consolarnos en relación a nuestra vida y hacérsola comprensible. Esto hace decir a Anzieu, en consonancia con Proust que la lectura es, junto con la amistad, una de las contribuciones más seguras al conocimiento de sí mismo.

## Resumen

Los escritores como Tolstoi eligen a sus personajes, se les acercan despacio, los rodean, los escrutan y parecen dejarlos escapar para luego alcanzarlos. El lector se deja llevar hacia donde le señala el escritor y lo sigue absorto o ansioso, o tal vez expectante, alterado o encantado. Se aflige si los personajes sufren por disposición del autor y goza de sus alegrías. Al finalizar la lectura, el lector se sentirá satisfecho de lo vivido, del viaje que juntos, autor y lector, han realizado. Ambos se han confiado cosas íntimas.

En el acto creativo, el autor y el lector se encuentran con sus propias miserias y posibilidades dirigiéndose juntos a tomar conciencia de su finitud. El acto de crear busca trascender a la muerte a través de la obra.

Para el psicoanálisis, lo profundamente humano se da en la crisis, en el conflicto donde son constantes las fusiones y las rupturas. Al igual que en los sueños, en los productos creativos encontramos marcados antagonismos. León Tolstoi ensambla en su obra aspectos de su vida a través de sus personajes y argumentos, intentamos articular estos aspectos y darles un sentido que permita comprender mejor al hombre detrás de su obra.

Al conmemorarse en el 2010, cien años de la muerte de este genial escritor, cuya obra nos dice mucho acerca de los problemas actuales que vivimos, se hace indispensable mirarlo de cerca.

### Summary

Writers such as Tolstoi choose their characters, approach them slowly, surround them, scrutinize them and seem to let them escape just to catch them later. The reader is carried away where the writer leads and follows him deep, anxious, or perhaps expectantly, upset or delighted. He feels afflicted if the characters suffer and rejoices their joy. After finishing reading, the reader will be pleased by the experience, by the trip they have shared together, both author and reader. They have entrusted each other with intimate experiences.

In the creative act, the author and the reader find their own miseries and opportunities and together, they become aware of their finitude. The act of creating seeks to transcend death through the work.

For psychoanalysis, the deeply human occurs in the crisis, in the conflict in which mergers and breakups are constant. As in dreams, in creative products we find marked antagonisms. Leo Tolstoi assembles aspects of his life in his work through his characters and plots. We try to articulate these issues and give them a meaning in order to understand the man behind his work.

Commemorating the centenary of the death of this great writer, whose work tells us much about the current problems we live in, looking at him closely becomes indispensable.

## Referencias

- Andresco, L. & Andresco, I. (2003). Prólogo biográfico. En: L. Tolstoi. *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Anzieu, D. (1993). *El cuerpo de la obra*. Madrid: Siglo XXI.
- Freud, S. (1930/1976). El malestar en la cultura. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Herrera, L. (2010). Las fisuras de lo imaginario: de la interdicción paterna a la creación literaria. En: *Revista de Psicoanálisis, Sociedad peruana de Psicoanálisis*.
- Josselson, R. (1986). Tolstoi, Narcissism, and the Psychology of the Self: A Self-Psychology Approach. *Psychoanalytic Review*. 73A: 77-95.
- Liccioni, E. (2000). *Reflejos de la muerte en la cultura*. Ensayo no publicado.
- Porsche, F. (1958). *Tolstoi. Retrato psicológico*. Buenos aires: Lozada.
- Proust, M. (1989). *Sobre la lectura*. Valencia: Pre-textos.
- Rolland, R. (2010). *Vida de Tolstoi*. Barcelona: Acantilado.
- Tolstoi, L. (1981). *Obras completas*. Traducción: Irene y Laura Andresco. Tres volúmenes. Madrid: Aguilar.
- *Felicidad conyugal* (1859).
  - *La Guerra y la Paz* (1869)
  - *Anna Karenina* (1875-77)
  - *Confesiones* (1882)
  - *La muerte de Ivan Ilich* (1886)
  - *Primeros recuerdos* (1892)
  - *Recuerdos* (1903)
- Tolstoi, L. (2002). *Diarios (1847-1894)*. Barcelona: Acantilado.
- Velez, N. (2009). La arquitectura invisible de Anna Karenina de Leo Tolstoi. En: *Pensamiento y Cultura*, 12(1), pp. 203-220.
- Zweig, S. (1952). *Personas y destinos*. Barcelona: Apolo.